

Año 1
Nro.1
2011
ISSN
Rosario, Argentina.

uni(+di)versidad

publicación del Programa Universitario de Diversidad Sexual

UNR



UNIVERSIDAD
NACIONAL DE
ROSARIO



PROGRAMA UNIVERSITARIO
DE DIVERSIDAD SEXUAL

(+di)

fotografía: Robert Mapplethorpe

Editorial

El **Programa Universitario de Diversidad Sexual** fue creado el 4 de setiembre de 2008, con el objetivo de generar cambios en la manera de pensar la diversidad de identidades de género y orientaciones sexuales, en el marco de su institución de origen: *la Universidad Nacional de Rosario*.

Los claustros universitarios y los programas curriculares no están exentos de situaciones de discriminación y violencia hacia la población gay, lesbiana, travesti, transexual, intersexual y bisexual que concurre diariamente a la universidad. Por lo tanto, y entendiendo que desde los ámbitos estatales se deben generar políticas públicas que aporten soluciones en torno a esta problemática, nuestra universidad tiene el compromiso social, político y educativo de participar en las luchas emprendidas por las diferentes poblaciones para garantizar sus derechos, constituyéndose así en un espacio que brinde educación de calidad igualitaria.

Desde su creación, las y los miembros del Programa Universitario de Diversidad Sexual, coordinan distintas intervenciones académicas para introducir esta problemática a través de la reformulación crítica de saberes y discursos tradicionales, y la inclusión nuevos abordajes teóricos. En vista de este objetivo se trabaja para: *incentivar la investigación en diversidad sexual, incluir la problemática de forma actualizada y democrática en los planes de estudio de cada facultad, replantear las formas heterosexistas en los distintos espacios del ámbito universitario y realizar actividades de extensión en relación a esta problemática*.

Esta publicación surge y se sostiene a partir este proyecto, con el propósito de difundir nuevas perspectivas teóricas, actualizar las vigentes y generar un espacio de producción e investigación académica para todos los profesionales y alumnos de la UNR, como así también de otros ámbitos educativos que se interesen por la problemática.

Por lo tanto, esta Publicación intenta constituirse como un espacio abierto al debate y al intercambio intelectual plural y diverso.

Año 1 / N° 1 / 2011 / ISSN.....

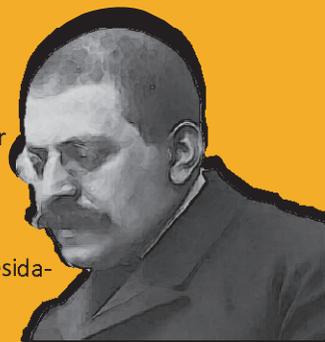
Coordinadores editoriales: Javier Gasparri / María Eugenia Martí. **Colaboradores:** Federico Abib / Marianela Cocciarini / Natalia Cocciarini / Verónica Correa / Nicolás Montanaro / Violeta Jardón. **Diseño y diagramación:** Florencia Cardón / Cristián D'Agostino / Luci la Romano / Natalia Anahi Sanabria / Pablo Silvestri.

Programa Universitario de Diversidad Sexual: Director: Guillermo E. Lovagnini.

Magnus Hirschfeld (1868 - 1935)

Por: Natalia Cocciarini

Magnus Hirschfeld fue un médico judío alemán conocido por su actividad científica pionera en Sexología, que amplió los estudios de Karl Heinrich Ulrichs y Richard von Krafft-Ebing e influenció a Havelock Ellis, entre otros. Sus contribuciones al campo de la Sexología giraron en torno al estudio de las necesidades sexuales y eróticas aún cuando la teorización de las identidades sexuales estaba en formación.



Estos aportes teóricos trascendieron al mundo de la Cinematografía; fue convocado a colaborar en el guión y la realización de *Anders als die Andern* (a los demás) del director alemán Richard Oswald en la cual además actuó de él mismo proclamando sus propios discursos en cada escena en que aparecía. Años más tarde rodó su propio documental titulado *Gesetze der Liebe* (del amor), entre otras cosas.

Sus obras fueron controversiales para la crítica y desembocaron en la ridiculización de Hirschfeld, pero también fueron muy populares en ciertos círculos, popularidad que lo llevó a recibir el epíteto "el Einstein del sexo". Su activismo lo condujo a difundir sus estudios por el mundo con el objetivo de normalizar la homosexualidad y otros comportamientos sexuales atípicos en su lucha por una mejor comprensión del tema para eliminar la hostilidad.

Esta convicción de Hirschfeld está ilustrada en el eslogan "Justicia a través de la ciencia". La frase fue el caballo de batalla del Comité Científico Humanitario creado por él en 1897 para la defensa de los derechos de los homosexuales y para la lucha por la anulación del artículo 175 de la ley alemana que penaba las relaciones sexuales entre varones.

Publicó la primera Revista de Sexología, y cofundó en 1913 la Sociedad Médica de Sexología y Eugenesia que fue la primera organización sexológica.

El activismo de Hirschfeld alcanzó niveles internacionales, llevando a su paso el desarrollo y la difusión de la disciplina de la Sexología presentada en conferencias públicas como una nueva ciencia. En 1919 abrió el primer Instituto de Sexología de Berlín. Luego organizó el primer Congreso Sexológico Internacional. Años más tarde fundó con Havelock Ellis y Auguste Forel la Liga Mundial para la Reforma Sexual. Entre 1926 y 1930 redactó en 5 volúmenes *Geschlechtskunde* (Conocimiento Sexual), del que se puede decir fue el primer manifiesto de Sexología.

Magnus Hirschfeld fue víctima de la represión nazi e incluso algunas versiones sostienen que fue él quien acuñó el término racismo. En 1933 se disolvió el instituto de sexología luego de ser saqueado. También su biblioteca fue quemada por representar ideas subversivas para el pueblo alemán. Finalmente, fue obligado al exilio donde murió en 1935.

Algunos conceptos preliminares

Por: Javier Gasparri - María Eugenia Martí

Resumen

Este trabajo recorre brevemente algunos conceptos teóricos clave intentando atenerse, al mismo tiempo, a su evolución histórica dentro del pensamiento filosófico occidental. La noción de sexualidad es abordada desde la perspectiva foucaultiana, y analizada en su historicidad y su relación con el biopoder. La idea de género es analizada desde las formulaciones teóricas feministas, especialmente desde Butler y su teoría de la performatividad. Finalmente, se aborda el concepto de identidad a partir de su doble pertenencia teórica – política, para plantear la importancia de pensar las políticas identitarias en términos de diversidad.

Abstract

This paper goes briefly through some key theoretic concepts trying, at the same time, to capture their historical evolution in occidental philosophical thinking. The notion of sexuality is taken into consideration from a foucaultian point of view, to analyze its historicity as well as its relationship with biopower. The idea of gender is analyzed from a feminist theoretic perspective, especially, from Butler's performativity theory. Finally, the concept of identity is seen from its double filiation, as a theoretical and political notion, to establish the importance of thinking the identity politics in terms of diversity.

Palabras Clave

SEXUALIDAD – GÉNERO – IDENTIDAD – DIVERSIDAD SEXUAL

Key Words

SEXUALITY – GENDER – IDENTITY – SEXUAL DIVERSITY

INTRODUCCIÓN

El modo en que hoy entendemos, teorizamos y discutimos conceptos como sexualidad, género, identidad y diversidad han tenido su momento de fundación teórica – aunque no su formulación efectiva – a fines del siglo XIX. Por lo tanto son el resultado de un largo proceso de construcción discursiva y cultural que ha tenido lugar en Occidente a partir del proceso de secularización que centralizó la autoridad del discurso científico (sustituyendo como nueva norma social a la antigua ética religiosa). En efecto, sólo podemos entender a estos conceptos como artefactos teóricos e históricos desarrollados gracias a las divisiones epistemológicas que generaron especializaciones disciplinarias múltiples de acuerdo con las variaciones coyunturales del siglo XX. Si bien las prácticas sexuales humanas siempre fueron objeto de reflexión cultural, sólo a partir de los últimos siglos se han vuelto una de las piedras angulares de la subjetividad humana. Por lo tanto, hoy han llegado a ser claves no sólo para el discurso académico, científico y político (desde el primer interés de la medicina, la psiquiatría, el derecho y la criminología hasta la sexología, el psicoanálisis, la antropología, los estudios feministas y finalmente los estudios queer contemporáneos) sino para la cotidianidad misma.

SEXUALIDAD

Es casi imposible hablar hoy de sexualidad sin remitirse al pensamiento de Michel Foucault, más precisamente la línea que comienza en Historia de la sexualidad, libro fundacional porque toda la literatura posterior sobre el tema siempre se remite a los conceptos que se inauguran allí. El planteamiento preliminar y fundamental de la teoría sobre la sexualidad de Foucault desmiente a la represión como reguladora de la experiencia sexual de las sociedades occidentales de los últimos siglos.

No trata de refutar la presencia de la represión en sí misma (cuya existencia y persistencia es innegable) sino de demostrar que también ha tenido lugar una continua y creciente puesta en discurso del sexo (o sea, una “voluntad de saber”) que obedece a una incitación ejercida por las

técnicas de poder (esto es: formas, canales, modos en los que el poder se infiltra en las conductas individuales para controlar el placer cotidiano) que más que restringir diseminan, implantando sexualidades no normativas. En vez de encerrar al sexo en el tabú se ha intentado sistematizarlo mediante una coerción a hablar sobre él. Es más: tal sistematización rigurosa y efectiva de los discursos sobre el sexo no se ha multiplicado fuera del poder o contra él, sino en el lugar mismo donde se ejercía y como medio de su ejercicio. Se lo constriñe a una existencia discursiva: desde el imperativo singular que a cada cual impone transformar su sexualidad en un permanente discurso hasta los mecanismos múltiples que, en el orden de la economía, de la pedagogía, de la medicina y de la justicia, incitan, extraen, arreglan e institucionalizan el discurso del sexo, dando lugar a lo que Foucault llamó *scientia sexualis*.

Cuatro grandes unidades estratégicas forjaron inicialmente la producción y proliferación de discursos sobre la sexualidad en cuya construcción el poder y el saber combinaron mecanismos y prácticas específicas: la pedagogización de la sexualidad infantil, la histerización del cuerpo de la mujer, la socialización del comportamiento procreativo y la psiquiatrización de los placeres perversos.

La *scientia sexualis* formuló un vasto sistema de anomalías y de perversiones, inaugurando una nueva grilla de clasificación para identificar a los sujetos bajo las distintas categorías de la sexualidad. Toda conducta podía ser catalogada a través de una medida de normalización y patologización. Foucault lo explica mediante la siguiente genealogía: “De los antiguos libertinos nace todo un pequeño pueblo, que desde fines del siglo XVIII hasta el XX, corren en los intersticios de la sociedad, perseguidos pero no siempre por las leyes, encerrados pero no siempre en las prisiones, enfermos quizá, pero escandalosas, peligrosas víctimas presas de un mal extraño que también lleva el nombre de vicio y a veces el de delito. Trátase de la innumerable familia de los perversos, vecinos de los delinquentes y parientes de los locos. A lo largo del siglo llevaron sucesivamente la marca de la ‘locura moral’, de la ‘neurosis genital’, de la ‘aberración del sentido genésico’, de la ‘degeneración’ y del ‘desequilibrio psíquico’” (Foucault, 2008: 42).

El privilegio característico del poder soberano (el viejo derecho de hacer morir o dejar vivir) fue reemplazado por el poder de hacer vivir o rechazar la muerte a partir del siglo XVII. Este poder sobre la vida (llamado por Foucault biopoder) se desarrolló en dos formas principales: las disciplinas del cuerpo y las regulaciones de la población. Éstas forman una tecnología de doble faz que es a la vez anatómica y biológica, individualizante y especificante, vuelta hacia las realizaciones del cuerpo y atenta a los procesos de la vida, y caracteriza a un poder cuya función ya no es matar sino invadir la vida enteramente. Si dicho poder se interesó particularmente en el sexo es porque éste constituye un punto de acceso a la vida del cuerpo y a la vida de la especie. Es utilizado como matriz de las disciplinas y principio de las regulaciones.

Sin embargo el sexo se encuentra bajo la dependencia histórica de la sexualidad. Y no hay que entender el sexo del lado de lo real y la sexualidad del lado de la abstracción sino al revés, esto es, la sexualidad es un dispositivo que creó mediante uno de sus principios internos de funcionamiento más esenciales a ese elemento imaginario que es el sexo y lo instauró como deseable, suscitando en cada uno de nosotros el imperativo de conocerlo, de sacar a la luz su ley y su poder, atándonos a ese mismo dispositivo que lo creó.

GÉNERO

De la misma manera que a la hora de adentrarnos en el concepto de sexualidad nos encontramos con la presencia recurrente del pensamiento de Foucault, para acercarnos a la noción de género, resulta imprescindible mencionar El género en disputa de Judith Butler que marcó, desde su publicación en 1990, un antes y un después en la forma de abordar teóricamente dicha noción. Considerado a posteriori como el texto fundacional de la teoría queer, se inscribe dentro de una persistente polémica que ha tenido lugar en el seno del movimiento feminista durante las últimas décadas acerca de la cuestión del sujeto del feminismo.



La dificultad que presenta para el feminismo definir un sujeto identitario de referencia quizá surja de su doble pertenencia como eje de reflexión teórica y como movimiento político con agendas determinadas. Es necesario tener en cuenta que el objeto de estudio que deben recortar para su reflexión teórica es en realidad un sujeto, y además, debe ser un sujeto identitario capaz de nuclear y sostener los reclamos de su agenda política. Durante décadas, tanto desde las posiciones históricas que abogan por la igualdad (Beauvior) como aquellas que han sido clasificadas como feminismo de la diferencia (Irigaray) el sujeto fue considerado La Mujer (sin salir del marco de la diferencia sexual), un recorte esencialista que será puesto en cuestión más tarde, a partir de la intervención de otras voces como Wittig, Anzaldúa, hooks, Califia, Rubin, para nombrar sólo algunas, quienes comienzan a pensar en Las Mujeres (con acento en la “ese” plural). Los aportes de estas teóricas han servido para considerar cómo las cuestiones de género y opresión no pueden ser separadas de otras instancias que las atraviesan: raza, etnia, clase, orientación sexual, religión, etc. Aún con estas nuevas perspectivas persistieron ciertas asunciones fossilizadas acerca de la identidad que Butler intentará poner en entredicho: para ella, como para otras teóricas del feminismo, principalmente de Lauretis, resulta indispensable volver sobre las distinciones binarias, sobre la noción de diferencia de sexos, aunque haya resultado tan productiva para el feminismo durante cierta cantidad del tiempo.

Butler pone en cuestión la persistencia de la noción según la cual el género se construye y el sexo es un dato biológico, natural, inalterable. La relación sexo – género no es la relación naturaleza – cultura. Siguiendo la línea iniciada por Foucault cuando dice que el sexo es una ficción generada por el dispositivo de sexualidad, Butler también pensará al sexo como un efecto, no una causa. Yendo contra la idea tradicional y profundamente arraigada según la cual la biología es una instancia dada (“la biología como destino”), afirma que el cuerpo no es materialidad pura, es decir, que no existe nunca como entidad prediscursiva: para que pueda ser inteligible, tiene que estar generizado. Es por eso que el género precede al sexo, entendiendo al género como una producción disciplinaria determinada por la matriz de inteligibilidad heterosexual: “Los géneros inteligibles son los que de alguna manera instauran y mantienen relaciones de coherencia y continuidad entre sexo, género, práctica sexual y deseo” (Butler, 2007: 72). Butler demuestra que es la matriz de inteligibilidad heterosexual, entonces, la que crea ese efecto de continuidad y que tal relación de coherencia no es natural, necesaria ni absoluta, sino naturalizada. La construcción disciplinaria del género se realiza mediante performativos, enunciados típicos que hacen lo que dicen, y que hacen existir al género mediante su repetición¹.

El género, por lo tanto, es un efecto performativo que se experimenta como una identidad natural, mediante una repetición estilizada de actos, discursos, gestos, movimientos y deseos que escenificamos ritualmente hasta hacerlos naturales:

La performatividad no es un acto único, sino una repetición y un ritual que consigue su efecto a través de su naturalización en el contexto de un cuerpo, entendido, hasta cierto punto, como una duración temporal sostenida culturalmente (Butler, 2007:17)

Toda construcción de género se realiza en el marco de la matriz de inteligibilidad y no hay subjetividad posible fuera de la misma. Los ejemplos que plantea Butler –las parejas lésbicas butch/fem o las subversivas y paródicas performances drag-, si bien han causado cierta confusión, ya que se puede interpretar que en estas performances interviene la “elección”, demuestran la estructura construida, creada por repetición, que posee el género mismo. Evidencian que no hay imitación de un original, porque no hay original natural ontológicamente dado: una mujer y una drag crean su género

1. La teoría de la performatividad de género de Judith Butler parte de los postulados de la performatividad lingüística de Austin, cuando Butler habla de efecto performativo de género afirma que los actos, gestos y deseos que conforman a repetición el género son “performativos en el sentido de que la esencia o la identidad que pretenden afirmar son invenciones fabricadas y preservadas mediante signos corpóreos y otros medios discursivos. El hecho de que el cuerpo con género sea performativo muestra que no tiene una posición ontológica distinta de los diversos actos que conforman su realidad (...) En efecto, los actos y los gestos, los deseos organizados y realizados, crean la ilusión de un núcleo de género interior y organizador, ilusión preservada mediante el discurso con el propósito de regular la sexualidad dentro del marco obligatorio de la heterosexualidad reproductiva” (Butler, 2007:266-267).

mediante las mismas operaciones de repetición performativa. Por lo tanto, el género no es cuestión de elección, sino de necesidad para todo aquel que quiera tener una identidad inteligible en función de los sistemas de género vigentes.

IDENTIDAD / DIVERSIDAD

En el marco de las ciencias sociales el concepto de identidad cobra relevancia teórico – crítica, sobre todo en EEUU, a partir de mediados del siglo XX. Pero adquiere una gran potencia política en la década de 1970 gracias a las conquistas de los derechos humanos y civiles y en el marco del fenómeno generado por la visibilización de las diferencias. Más allá de la productividad que tuvo el concepto en ese momento, luego es puesto en cuestión, desmontado críticamente, y reconsiderado en su validez para la praxis política. Sin embargo, y pese a la deconstrucción teórica a la que se lo somete (debido a que todo embanderamiento identitario supone exclusión), es rescatado desde el esencialismo estratégico por su eficacia en el accionar político concreto.

En principio, desde las concepciones esencialistas, el concepto implicaba una descripción exterior y estática que funcionaba como atribución de una serie de rasgos inamovibles y determinantes; dichas posturas hacían abstracción del contexto relacional de individuos y grupos. De esta manera, por un lado, la perspectiva objetivista planteaba la identidad a partir de una serie de rasgos como propiedades esenciales, aisladas, dadas, capaces de marcar al individuo de manera casi indeleble, a partir de criterios determinantes y “objetivos”: la idea de “las raíces” –herencia, genealogía-, la lengua, la cultura, la religión, etc. Por otro lado, el punto de vista subjetivista intentaba no reducir la identidad a una dimensión atributiva, sino basarse en el sentimiento de pertenencia e identificación de los individuos, de acuerdo a las representaciones de la realidad que ellos mismos construyen, y no de una manera invariable e inmutable. Sin embargo, desde esta perspectiva, la identidad corría el riesgo de convertirse en una cuestión de elección individual y arbitraria.

Más tarde, las concepciones relacionales y situacionales entenderán la identidad como una construcción social (y no algo dado) que se lleva a cabo mediante un proceso de identificación en el cual interviene, necesariamente, la diferenciación, ya que la identidad está siempre en relación dialéctica con la alteridad. La identidad se construye en los intercambios sociales, de un modo constante. El proceso de identificación, por lo tanto, se da dentro de situaciones relacionales y puede evolucionar, cambiar, si las relaciones cambian. La identificación puede funcionar como afirmación (la autoidentidad definida por uno mismo) y como asignación (exoidentidad, definida por otros).

En consecuencia, se comienza a contemplar la identidad desde una perspectiva multidimensional, ya que si la identidad es resultado de una construcción social -y dada la complejidad de lo social- ésta no puede ser unidimensional. Por lo tanto, se define por su carácter fluctuante: está integrada por una pluralidad de referencias identificatorias, es variable, aunque no pierde su unicidad.

El concepto de identidad adquiere su relevancia porque pone en juego luchas sociales de clasificación para reproducir o invertir relaciones de dominación y poder (Bourdieu). Entonces la identidad se construye a través de las estrategias de los actores sociales para su accionar político. La autorrepresentación de un individuo mediante la cual construye su noción de pertenencia a algún grupo supone una estrategia, ya que identificarse con una colectividad es priorizar una identificación determinada sobre todas las demás posibles, puesto que en la práctica todos somos multidimensionales (Hobsbawm 1993: 47).



Judith Butler

La deliberación sobre el carácter construido de la identidad llevó a los teóricos, sobre todo en el marco del postestructuralismo y la teoría queer, a pensarla como un efecto y no como una causa (Butler 1990: 285), esto es, considerar que no se trata de una serie de atributos que determinan al sujeto sino que el sujeto mismo construye, mediante complejas prácticas y operaciones discursivas, el efecto de identidad que luego se incorpora, se naturaliza, en las propiedades “intrínsecas” que el sujeto supuestamente siempre tuvo.

Como toda identidad implica al mismo tiempo diferencia, y ésta generalmente produce exclusión, las estrategias de coalición de los grupos LGBTI intentan en primer lugar contener la diversidad para poder ser considerados sujetos de derecho. En este sentido, hablar de diversidad supone buscar la validación social de todas las construcciones identitarias, o sea de todas las diferencias, ya sean éstas de orientación sexual o de identidad de género.

BIBLIOGRAFÍA

- Albano, Sergio (2005): Foucault. Glosario de aplicaciones. Buenos Aires. Quadrata.
- Bourdieu, Pierre (1980): “La identidad y la representación: elementos para una reflexión crítica sobre la idea de región”, en *Ecuador debate*, N° 67, Quito, Abril 2006: 165–184. Disponible en línea: <http://hdl.handle.net/10469/1909>
- Butler, Judith (1990): *El género en disputa. El feminismo y la subversión de la identidad*. Barcelona. Paidós, 2007.
- Butler, Judith (1993): *Cuerpos que importan*. Barcelona. Paidós, 2008.
- Cuche, Denys (2002): *La noción de cultura en las ciencias sociales*. Buenos Aires. Nueva Visión, 2004
- de Lauretis, Teresa (2000): *Diferencias. Etapas de un camino a través del feminismo*. Madrid. horas y HORAS.
- Dorlín, Elsa (2009): *Sexo, género y sexualidades*. Buenos Aires. Nueva Visión.
- Foucault, Michel (1976): *Historia de la sexualidad: 1. La voluntad de saber*. Buenos Aires. Siglo XXI, 2008.
- Hobsbawm, Eric (1993): “Identidad”, en Silveira Gorski, Héctor (Comp.): *Identidades comunitarias y democracia*. Madrid. Trotta, 2000: 47–62.
- Larrauri Gómez, Maite (2001): *La sexualidad según Michel Foucault*. Valencia. Tàndem.
- Puppo, Flavia (Comp.) (1998): *Mercado de deseos*. Buenos Aires. La marca.
- Ríos, Rubén (2008): *Michel Foucault y la condición gay*. Buenos Aires. Campo de ideas.
- Spargo, Tamsin (2004): *Foucault y la teoría queer*. Barcelona. Gedisa.

1973: Despatologización de la homosexualidad

Por: Verónica Correa

La concepción de la psiquiatría y del psicoanálisis, desde sus inicios en el siglo XIX, planteó a la homosexualidad como un estado regresivo, una inversión. Se la sostenía como una etapa dentro de la niñez que debía “madurar” hacia la heterosexualidad adulta. Al considerarla como enfermedad cabía la posibilidad de revertirla o curarla; de esta manera, se ensayaron diferentes métodos de tortura hacia las personas consideradas “anormales”, bajo el amparo de la ciencia, como por ejemplo la terapia de aversión.

Desde el año 1970, diferentes grupos de activistas homosexuales irrumpieron en la reunión anual de psiquiatría (A.P.A) en San Francisco, para oponerse y sabotear este congreso que concebía a la homosexualidad como una “patología”.

Durante el año siguiente en la realización de una nueva reunión, la estrategia fue la misma: irrumpir en el lugar, criticar las diferentes exposiciones y amenazar con destruir el material escrito sobre tratamientos. En esta oportunidad se realizó un panel con militantes gays en donde se defendía a la homosexualidad como un estilo de vida. De esta manera, lo que se denominó “lobby gay” había llegado a establecerse en la reunión anual de la A.P.A.

Sin embargo, habría que esperar hasta 1973 para que se sometiera a discusión un documento que sostenía la eliminación de la homosexualidad como trastorno de la sección de desviaciones sexuales del D.S.M.III (Diagnostic and Statistical Manual of Mental Disorders). Esta iniciativa no solo fue expuesta por grupos gays sino también apoyada por algunos psiquiatras.

Algunos sectores disconformes de la psiquiatría, no cesaron de oponerse y en 1980 incluyeron dentro del D.S.M una nueva dolencia de carácter homosexual, el “ego distónico”, que sería eliminada de dicho manual a mediados de la década del 80 como resultado del accionar de los activistas gay.

Estos triunfos son inseparables de las diversas acciones militantes de grupos gays en Estados Unidos desde el año 1970.



Sobre Todo sexo es político

Por: Javier Gasparri

Sobre Todo sexo es político (Mario Pecheny, Carlos Figari y Daniel Jones –Comps.-), Buenos Aires, Del Zorzal, 2008, 312 p.

Doce investigadoras del Grupo de Estudios sobre Sexualidades (Instituto Gino Germani, UBA) son lxs responsables de este libro, compilado por tres de ellos, que integra aportes desde las ciencias sociales en torno a una serie de puntos sobre sexualidades, cuya relevancia no es preciso subrayar puesto que se impone por sí misma con sólo recorrer el índice.

El hilo común es la colisión contra la heteronormatividad, entendida como matriz hegemónica que (re)produce –además de una heterosexualidad obligatoria- cuerpos, géneros, prácticas, relaciones, hábitos, creencias, discursos y junto con esto instala instituciones que organizan la vida social “legítima”. Desnaturalizar estos términos supone exhibir el histórico sustrato político en el que se asientan; por eso, la incomodidad que le plantean a esa norma los sujetos sexuales que van a contrapelo de ella –“objetos” de este libro- también es política. Y a su vez, es un gesto político investigar sobre ellos. En este sentido, ya hace varias décadas que Foucault y las feministas nos enseñaron que sexualidad y política son indisolubles: Todo sexo es político, ya desde su título –no hay otro más pertinente- nos lo vuelve a confirmar mediante la solidez teórica y metodológica que despliega cada uno de sus capítulos, como así también en la ética de la investigación, explicitada en la impecable “Introducción” de Mario Pecheny.

El libro está dividido en cuatro partes que articulan sus ejes nodales. En la primera de ellas, “Sociabilidad y violencia”, los artículos de Ernesto Meccia, Daniel Jones y Martín Boy señalan los impactos problemáticos que tienen sobre ciertas subjetividades la violencia de su entorno, aún hoy: la “contracción” del yo de Tommy al quedar sin valor la capitalización de la violencia histórica que lo marcó y de la cual, en definitiva, no pudo salir (Meccia), los modos de estigmatización y discriminación a adolescentes varones homosexuales de una ciudad mediana del interior (Jones) y las desigualdades que, a la par de sus transformaciones, se presentan en el espacio virtual del chat en continuidad con las del “mundo real” entre hombres gays (Boy).

La segunda parte, “Identidades de género y prácticas sexuales”, incluye un interesante artículo de Carlos Figari acerca de “heterosexualidades masculinas flexibles” -cuyos “objetos” ya son elocuentes desde el título- que mediante inteligentes rodeos pone de relieve la porosidad de los supuestos límites entre “homo/hetero” y la desestabilización del sistema “sexo/género”. El otro capítulo de la sección, de Laura Zambrini, llama la atención sobre la construcción corporal de las travestis –sobre todo a partir de las prácticas del vestido- que incide en el modo en que éstas, aún reproduciendo una lógica de género heterosexista, o precisamente por eso, pueden desbaratar el binarismo de la racionalidad moderna.

De los tres artículos que componen el siguiente apartado (“Conyugalidades y parentalidades”) pueden extraerse, en principio, interesantes documentos históricos: en tanto problemas, “probablemente sean pasado dentro de pocos años”, dice de ellos Pecheny en la “Introducción” (16). Y efectivamente, a dos años de la publicación del libro, son “pasado”. Sin embargo, el festejo por la reciente ley de matrimonio igualitario (es eso lo que los volvió “pasado”), no debe hacer olvidar –tanto en la militancia como en la producción científica- que la aplicación de la ley no realiza por sí sola, por lo menos en lo inmediato, cambios culturales abruptos y profundos, principalmente en quienes se opusieron (y oponen). De modo que es en este sentido, más allá de su aparente envejecimiento “temático”, donde adquieren potencia esta serie de trabajos: porque visibilizan analíticamente los términos de esa oposición y es esto lo que da lugar a un desmontaje crítico riguroso del cual se beneficia la agenda política. Tanto el artículo de Renata Hiller como el de Micaela Libson van en esa dirección, al analizar el discurso opositor en torno a la Unión Civil (Hiller) y los saberes y las

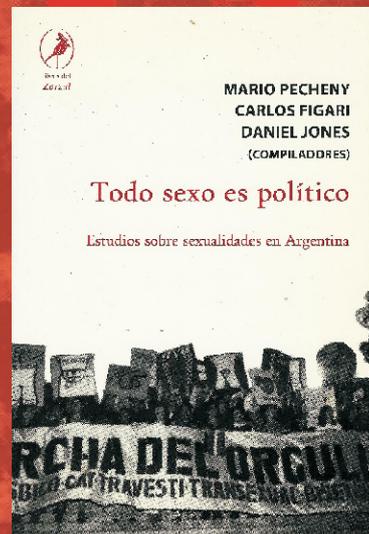


creencias de quienes opinan sobre homoparentalidades (Libson). En cambio, el artículo de Patricia Schwarz (“Las lesbianas frente al dilema de la maternidad”), es el más ambivalente respecto de su “envejecimiento”: si bien algunos puntos pueden darse por “superados” (las lesbianas que debían invisibilizar su pareja mujer para no perder la tenencia de sus hijos con parejas heterosexuales), otros puntos persisten como problemas de plena actualidad para seguir considerando: el “mandato” de maternidad, por ejemplo.

Y justamente, hablando de “mandatos femeninos”, el trabajo de Josefina Leonor Brown que integra la cuarta y última parte del libro (“Política y movimientos sociales”) nos invita a un desplazamiento conceptual al plantear el derecho al aborto dentro de derechos (no) reproductivos y sexuales para romper, así, el mandato patriarcal y heterosexista que asocia sexualidad con reproducción y al mismo tiempo anudar sexualidad(es) con (no) reproducción dentro de un mismo reclamo político y evitar su bifurcación. Los otros dos trabajos que completan el bloque también tienen como objeto las políticas de los movimientos: el excelente análisis de Horacio Sivori pone de relieve las tensiones entre las políticas de la identidad promovidas por agrupaciones GLTTB y la producción de saberes científicos (caso de los “HSH”) en el marco de la prevención del sida. Por su parte, Alumíné Moreno aborda las invisibilizaciones (e incluso las limitaciones) al interior del movimiento de la diversidad sexual.

Todo sexo es político alcanza por lo menos tres posibilidades. La primera es del orden del saber: nuclea una variedad de problemas (y consecuentemente, una pluralidad de enfoques) que da lugar a una importante producción de conocimientos en el campo científico académico; sus trabajos, además, no clausuran los problemas que recorren sino que, atentos a la dinámica de lo social y a la discusión disciplinar, dejan abiertos tal vez más problemas de los que se ocupan, con lo cual exhiben una ética metodológica y científica. La segunda posibilidad es la de su uso: se trata de la presentación o análisis o pormenorización (o todo eso a la vez) de realidades (nuevas o conocidas) para la agenda de los movimientos y agrupaciones políticas. La tercera es la de la difusión: sin retroceder ante la precisión teórica y el rigor conceptual, todos los trabajos presentan una estructura y una redacción que los hace accesibles para lxs lectorxs en general (es decir, más allá de la comunidad académica próxima a la disciplina) que se encuentren interesadxs en ingresar a estudios sobre sexualidades: bienvenidxs sean.

Javier Gasparri



Tapa de libro: *Todo sexo es político. Estudios sobre sexualidades en Argentina.*

UNR



**UNIVERSIDAD
NACIONAL DE
ROSARIO**



**PROGRAMA UNIVERSITARIO
DE DIVERSIDAD SEXUAL**